



Fernando Calvo. Maestro herrador, albéitar y humanista.

Todavía en la actualidad, y muy lamentablemente, se utiliza la palabra veterinario peyorativamente para denominar, jocosamente, a aquellos médicos inhábiles, torpes o en exceso groseros, cuyo comportamiento, manejo o resultados no se encuadran en lo, al parecer, esperado en tales profesionales.

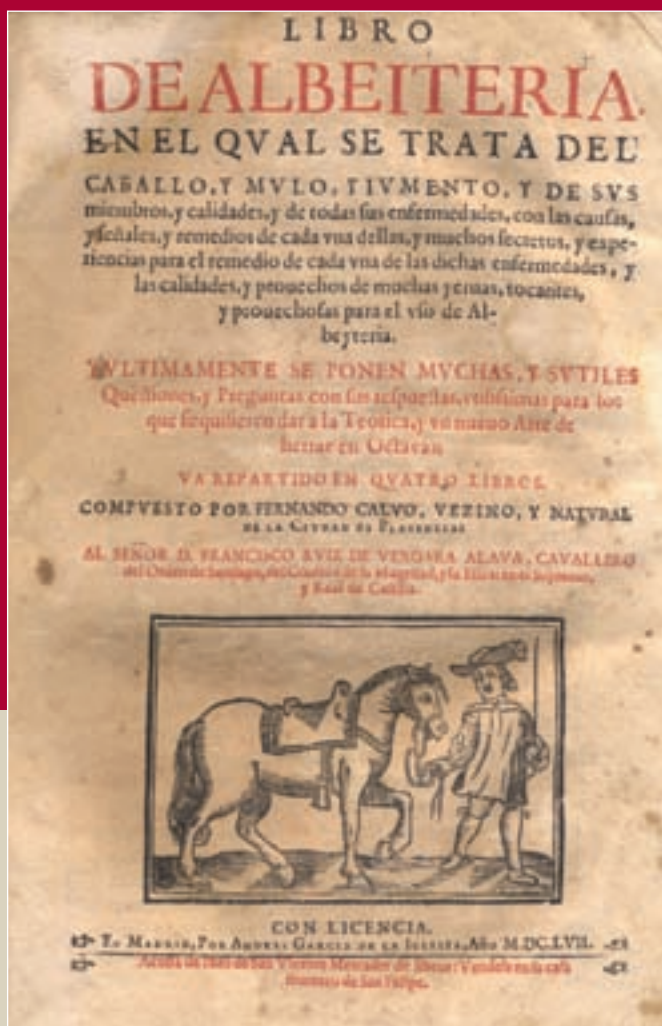
De numerosos veterinarios próceres en su profesión, he oído o he leído anécdotas acerca de supuestos intelectuales sorprendidos en su ignorancia al darse cuenta de que el orador, autor, escritor, etc., que tenían delante no era de la profesión prejuzgada sino, nada más y nada menos que ¡veterinario!. Y ejemplos no nos faltan, como los doctores Benito Madariaga de la Campa, Miguel Cordero del Campillo, Vicente Dualde y algunos otros nos han hecho saber en diversas y frecuentes ocasiones. Dichos prejuicios no son nuevos, para mal, debido al oficio eminentemente manual que los antiguos veterinarios desarrollaban, y muchas veces en estrecha relación con el herrado, actividad socialmente inferior a la del albéitar, pero imprescindible para asegurar el cotidiano condumio.

Como no es en modo alguno necesario tratar de demostrar hoy la categoría intelectual de los veterinarios, tan lejana del pedestre prejuicio precitado (veterinario igual a médico malo), bien podemos volver la vista atrás y revisar la formación de un albéitar eminente, como fue Fernando Calvo en el siglo XVI, en pie de igualdad con los más afamados humanistas de su época y desde hace más de cuatrocientos cincuenta años modelo de lo que, en lo intelectual, puede alcanzar cualquiera que lea y estudie, sea o no veterinario.



Profa. Dra. María Cinta Mañé Seró
Prof. Dr. Miguel Ángel Vives Vallés

*Asociación Española
de Historia de la Veterinaria
Departamento de Medicina
y Sanidad Animal.
Universidad de Extremadura.*



Un aspirante a albéitar siempre tenía que saber leer y escribir, ya que era mandado fehacientemente en algunos textos y en estatutos gremiales, lo cual es razonable debido a que precisaba leer textos, escribir sus apuntes y saber llevar libros de cuentas, de clientes y deudores, y escribir, a menudo, recetas. Por ello incluso el aspirante ya debía ser letrado desde jovencito.

La formación de los albéitares

Un aspirante a albéitar siempre tenía que saber leer y escribir, ya que era mandado fehacientemente en algunos textos y en estatutos gremiales, lo cual es razonable debido a que precisaba leer textos, escribir sus apuntes y saber llevar libros de cuentas, de clientes y deudores, y escribir, a menudo, recetas. Por ello incluso el aspirante ya debía ser letrado desde jovencito.

Por lo general, en casa del maestro había textos de albeitería que leer, inicialmente copias manuscritas y posteriormente, con la diseminación de obras impresas, libros de distintos autores.

Tampoco hay que perder de vista el hecho demostrado de que en los enseres recopilados por los notarios tras el fallecimiento de albéitares se podían encontrar libros, no sólo de albeitería, sino en ocasiones, libros de medicina, filosofía y otros, como por ejemplo el de Guy de Chauliac, libro estudiado en las universidades, y frecuentemente referido en las testamentos, lo que indica claramente la

amplitud de miras en cuanto a estudiar obras no exclusivamente de albeitería.

Algo más fácil en cuanto al acceso a la cultura era el hecho de que los albéitares de reconocida fama que trabajaban para la nobleza y el alto clero, tenían acceso a las bibliotecas de sus señores, lo que sin duda repercutiría en su formación y en la de sus discípulos.

Fernando Calvo, albéitar, maestro herrador y humanista.

Fernando Calvo, «vezino y natural de la ciudad de Plasencia», donde ejerció su actividad clínica a lo largo del siglo XVI, es una figura muy valiosa de la albeitería española pero de la cual, aparte de sus escritos, no tenemos muchos datos.

Representa el prototipo del veterinario clínico independiente que, sin formar parte del sistema en calidad de alcalde examinador del Real Tribunal del Protoalbeiterato, sin ser mariscal o caballero Real, es capaz de escribir una importante obra desde el ámbito rural, que sería seguida

por multitud de albéitares hasta prácticamente el siglo XIX.

Si bien, lamentablemente, conocemos escasamente su biografía a pesar de algunos brillantes hallazgos como el de Gómez Martínez (que nos aporta el dato de que en 1545 y viviendo en Plasencia ya disponía de tienda de albeitería, posición desahogada, criados e importantes clientes), podemos poner de manifiesto algunos rasgos distintivos a considerar, partiendo del estudio de su obra y del entorno veterinario español del siglo XVI.

Fernando Calvo es una figura relevante en la albeitería de su tiempo, formando un triunvirato junto a Francisco de la Reyna y Pedro López de Zamora, lo que queda constatado por los escritos de autores nacionales y extranjeros. Esta idea puede asentarse también en el estudio de su obra, puesto que de su Libro de Albeitería se desprende el profundo dominio del arte clínico, a través de los casos clínicos que refiere con todo lujo de detalles, además del extenso conocimiento de múlti-

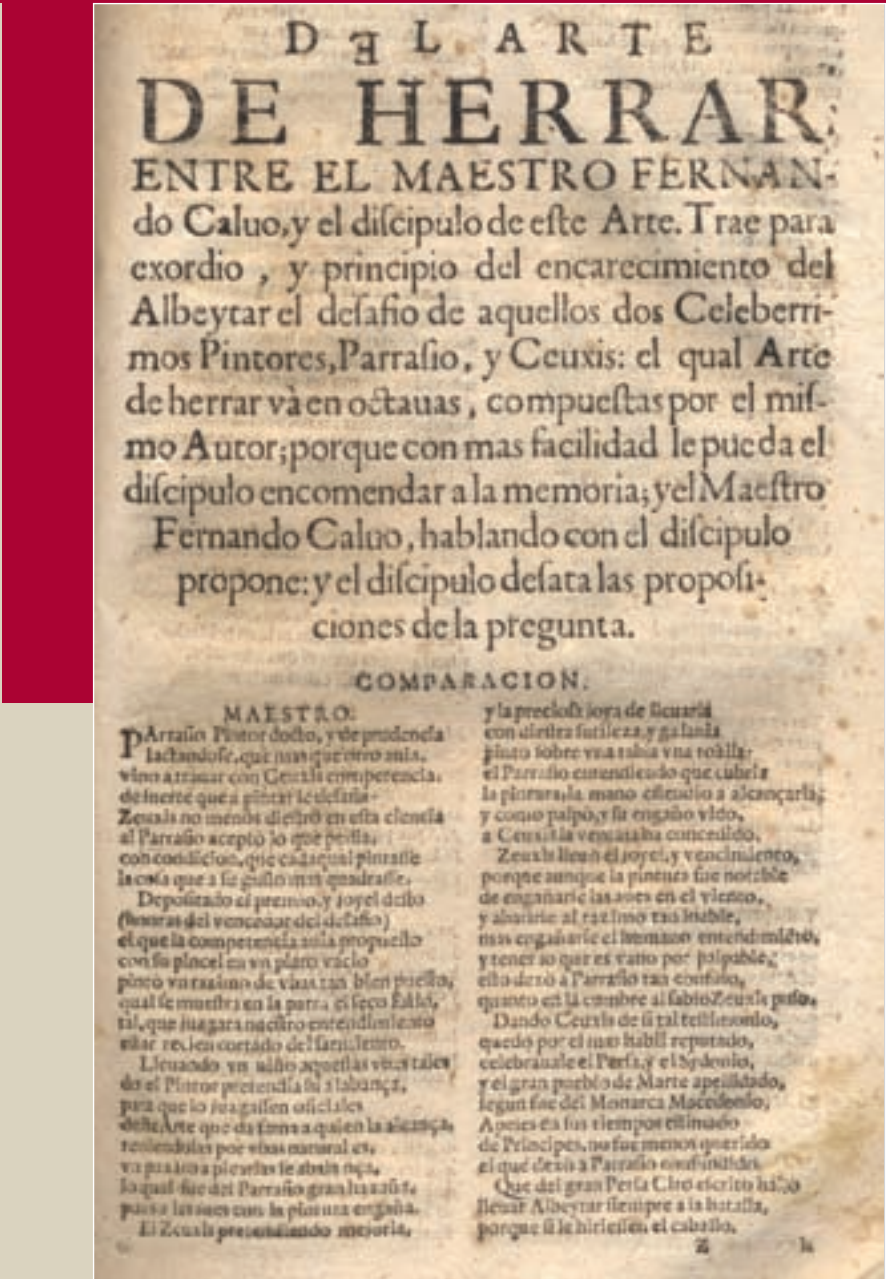
ples recetas terapéuticas (más de 600).

Sin embargo, con ser excelente esta capacidad de Calvo como albéitar, no es menos fascinante reconocer en Calvo algo más que al mero ejerciente de una ocupación que, en un siglo donde ya se han arraigado las ideas renacentistas, se reviste de un saber científico capaz de ampliar el horizonte del albéitar, no digamos ya del herrador, con un bagaje amplio de conocimientos científicos tomados de múltiples y variadas fuentes, lo que lo convierte ya en facultativo, y que trasciende el mero acto mecánico para convertirse en un profesional, dotado de conocimientos especulativos en lugar de meramente empíricos, en pie de igualdad con médicos romancistas, cirujanos y boticarios, esto es, el resto de sanadores.

Teniendo en cuenta la época de su obra y su importancia y categoría, ya bastaría por sí sola para ubicar a Calvo en un buen puesto dentro de la Historia de la Ciencia, pero hay más. En efecto, incluso Leclainche, autor francés no precisamente benigno con nuestra historia, al citar muy brevemente a Fernández Calvo (sic), de quien dice que publicó un «opúsculo» según la obra de La Reyna, reconoce que parece más un erudito que un profesional, opinión a la que no sabemos bien si Chiodi se suma o simplemente se limita a recoger, al denominarlo como «erudito que escribe con pasión del caballo» y al que llama «Ferdinandez Calvo di Alcalá», una muestra más del secular desconocimiento de lo de fuera de su pueblo para algunos.

Y si estos autores convienen en mencionar (al menos) esa erudición, qué no vamos a decir de los españoles quienes, unánimemente, alaban su espíritu inquieto, dotado de una extraordinaria riqueza conceptual, que además se traslada a su obra.

Ya Llorente, en el siglo XIX, reconocía para Calvo un lugar eminente entre los hombres de su tiempo, por las citas continuadas de Dioscórides y del doctor Laguna, su anotador y médico ilustre del papa Julio III. Sin embargo, esas citas se amplían también a otros eminentes coetáneos como Miguel Servet, Bernardino Montaña de Montserrat, Juan Valverde de Amusco, etc., opinión unánime a la que nos sumamos añadiendo la extraordinaria cultura de que hace gala Calvo, puesto que hemos podido anotar referencias de más de 60 autores clásicos, amén



de los reputados albéitares coetáneos (De la Reyna, Pedro López de Zamora, citando también a los maestros Mauro y Martín Zacarías, cuyas obras desconocemos) y alguno anterior, tal es el caso de Mosén Manuel Dies o de Alonso Suárez, aportando en muchos casos no sólo la referencia al autor, sino el título de la obra, capítulo y página, al modo de nuestras modernas revisiones bibliográficas. Domina además los conceptos médicos habituales de su época y el latín, lo que dota a su obra de una profundidad poco frecuente en su tiempo. Además, como Gómez Martínez se ocupa de señalar, parece que Calvo tuviese alguna formación jurídica, ya que en el pleito reseñado

Calvo actúa siempre como su propio procurador ante los tribunales eclesiásticos o al plantear su caso en instancias Reales, delegando en un procurador sólo con el traslado de su causa a Valladolid, y aún así parece sentirse la influencia del albéitar tras su representante.

Bien es cierto que habían pasado ya aquellos años de la Baja Edad Media en que, como dice Jiménez, para abarcar la cultura al completo bastaba con poseer y haber leído la Biblia, a Virgilio, Marciano Capella, Prisciano, Boecio, Beda y las Etimologías de San Isidoro de Sevilla. La cultura ya era algo más y, en honor a Calvo, hay que decir que en su Libro de



Albeitería se mencionan todos ellos, excepción hecha de Boecio y Prisciano, que no dudamos que también serían conocidos, además de muchos más autores clásicos, griegos y latinos. Precisamente esta riqueza de conocimientos, al ser vertidos a una obra que tuvo gran acogida y difusión durante mucho tiempo, acrecienta el peso científico de la profesión de albéitar de manera harta provechosa.

Cabe reconocer, por otra parte, que la

obra de Calvo contiene también aspectos menos beneficiosos como la influencia de los astros sobre cada órgano, frecuente en los libros de la época, o bien su decidido apoyo a la teoría galénica referente a humores y espíritus vitales, si bien de todas formas no podemos por menos que agradecer el estudio de algo más que lo propio de su competencia, abordando especulaciones filosóficas sobre la vida animal y humana que siguieron el camino emprendido por Pedro López de Zamora

y que habrían de culminar en Martín Arredondo, cultivadores de conocimientos biológicos y filosóficos sobre la naturaleza del caballo.

Una vez dotado el autor de sus correspondientes méritos y situado en su contexto histórico, es menester tratar de su obra: el Libro de Albeitería, el cual, siguiendo a Palau, conoció seis ediciones, respectivamente en 1582, 1587, 1602, 1657, 1671 y 1675, de las cuales las tres últimas fueron póstumas. La obra incluye también el Arte de Herrar en octavas.

En nuestra opinión, Fernando Calvo es uno de los albéitares doctos del siglo XVI, que precisamente por su capacidad de estudio, lee y asimila los saberes «oficiales» sobre medicina y terapéutica, filosofía natural, galenismo e incluso las entonces en boga relaciones del zodiaco y las influencias planetarias en el desarrollo de ciertas patologías. Y de todo ello obtiene unos conocimientos casi enciclopédicos que plasma en una extensa obra que pone a disposición de los albéitares, y que sin duda por la difusión que obtuvo a lo largo de casi un siglo, habría de aumentar los conocimientos teóricos de todos aquellos que la leyeran.

Mención aparte merece la inclusión del Arte de Herrar en octavas reales que, si bien a nuestro juicio constituye un refinamiento para la época, ha sido juzgado por Llorente como «de escaso mérito literario aunque contenga consejos utilísimos».

Según Sanz Egaña, Calvo dispone de una formación cultural que se corresponde con nuestro Siglo de Oro, y cuya obra es aceptada por la Academia Española con autoridad de escritor correcto, si bien, añade este autor, como poeta es del todo punto malo y, aunque el tema no admite grandes vuelos de inspiración, no tiene un verso que merezca el calificativo de poético. Además, en cuanto a su contenido, Calvo no aporta nada que no hubieran dicho ya Vinuesa y De la Reyna, quienes tardarían varios siglos en ser superados.

Por todo lo anteriormente expuesto cabe pensar que muchos de nosotros no tendríamos problema alguno en ser considerados albéitares o veterinarios si nos comparamos con semejantes maestros albéitares, digan lo que digan los demás.